

# Capítulo 243 - Rata de Túnel - Rata de Túnel: Causando Problemas en Dos Mundos

- [Capítulo 243 - Rata de Túnel - Rata de Túnel: Causando Problemas en Dos Mundos](#)

# Capítulo 243 - Rata de Túnel

## - Rata de Túnel: Causando Problemas en Dos Mundos

El dron se desplazaba lentamente de un lado a otro en el extremo del túnel. No se detectaron signos de escaneo activo. Milo avanzaba junto a la pared del túnel, tomándose su tiempo y sin apurarse. Su movimiento pausado y constante era mucho más difícil de detectar. Quien construyó una instalación de tal magnitud y costo debía tener algún sistema de detección activo en sus entradas, pero no percibió nada. La zona al final del túnel era un espacio pequeño destinado a descargar carga y personas. Las puertas principales solo se abrían para envíos muy grandes o importantes, por motivos de seguridad. La carga normal y pasajeros se gestionaban a través de una puerta más pequeña. Puertas de acero normales sellaban un pequeño almacén junto a la amplia plataforma desde donde se descargaba la carga del maglev. A un lado de las puertas había una cabina de llamada y un teclado, ninguno de los cuales parecía tener energía. En cinco minutos, ya había desmontado los paneles frontales y seguía los cables, intentando determinar si alguno de los sistemas estaba activo. Pero no había energía. Moviéndose hacia las puertas, observó que el mecanismo de cierre era electromagnético. Con suficiente potencia, la cerradura resistiría incluso si las puertas se arrancaran de las bisagras. Pero no detectaba energía alguna. Sintiendo un poco de torpeza, clavó sus garras en la grieta entre las puertas y forcejeó. Se abrieron fácilmente, sorprendiendo a Milo. Cayó rodando, se reincorporó en posición de pie, en espera de que algo sucediera. Pero nada ocurrió. Frunció el ceño y entró en el pequeño almacén. A un lado estaban manipuladores eléctricos modernos y montacargas diseñados para manejar material encapsulado. En una esquina había una pila de cápsulas de carga vacías. La más pequeña medía 24" de diámetro y 72" de largo, diseñada para sistemas neumáticos similares a los usados en el Hábitat. Las cápsulas de carga grandes tenían 72" de diámetro y 144" de largo, pensadas para pesos mayores o maquinaria pesada. Las cápsulas cargadas llegaban al área en el maglev, eran inspeccionadas cuidadosamente, y luego ubicadas en rampas que las empujaban hacia el sistema neumático hacia las zonas de carga internas. Toda la maquinaria era eléctrica pero sin energía. Los puntos de carga estaban desactivados. Había una pequeña sala de espera para personas, con cabina de escaneo y una serie de puertas de colapsium que se abrían para permitir el ingreso de una persona a la vez. Revisó con cuidado cada rincón del área alrededor de la cabina de escaneo, sin encontrar nada activo. No había energía en nada. Tampoco había forma de abrir las puertas pesadas. Como antes, empezó a desmontar, probar circuitos y buscar alguna pista sobre qué era esa instalación y cómo acceder a su sistema de seguridad. Tras dos horas, desistió de intentar entrar por las puertas y se concentró en el sistema neumático. Los mecanismos de las puertas estaban cerrados, pero el bloqueo manual era fácil de sortear. No eran puertas de seguridad, sino de carga. Se insertaba una cápsula, se cerraba la puerta, y el sistema presurizaba el área para propulsar la cápsula hacia otro almacén. Abrió la puerta más grande, situada al final de la rampa

para cápsulas de 72", y vio que ya había una cápsula cargada en la tolva. Eso no podía moverlo solo. La segunda puerta, de solo 24" de diámetro, estaba vacía. Más allá, había otra puerta que se abriría cuando el sistema presurizara. En diez minutos, la primera puerta se desprendió de sus hinges, y Milo cortó la segunda. La tubería no tenía presión ni corriente, pero quiso quitarla del todo. Le llevó una hora cortar el acero y removerla. Encontró cuatro entradas principales: grandes puertas de colapsium imposibles de mover, una puerta menor del tamaño de un humano que tampoco podía mover, un túnel amplio atascado de cápsulas, y el pequeño túnel que había decidido explorar. Un pozo de 24" era accesible para la mayoría; un tubo corto de esa medida podía ser gateado por adultos pequeños por corto tiempo. Muchas fugas famosas en prisiones se daban a través de túneles de alcantarilla de ese tamaño. Pero túneles largos en la oscuridad total, descendiendo hacia instalaciones desconocidas, solo eran accesibles en emergencias extremas. Niños de diez años, prisioneros desesperados y Milo no tenían dificultad. Para Milo, era como partes del Hábitat o las cuevas más pequeñas de Génesis. Tomó la precaución de avanzar con cautela, sin lanzarse de lleno. Una cuerda de seguridad de 100 pies le permitía retirarse si fuera necesario. Sus garras no tenían problema en sujetarse al acero blando del tubo neumático. Tomándose su tiempo, pensó en lo que hacía y se arriesgó: el tubo entraba por un pasaje en la pared de colapsium. En una emergencia, quizás podría recortarlo y salir; tenía suficiente oxígeno para seis horas más y podía enviar sus drones en busca de más suministros o retirarse si fuera preciso. Los primeros 50 pies descendían en una pendiente de treinta grados, perfecta para mover las cápsulas, luego el tubo se enderezaba y giraba suavemente a la izquierda. Milo avanzó a gatas varios cientos de pies antes de entrar en otra puerta sellada. Un sensor visual en el túnel controlaba esa entrada. Los paquetes entrantes lo activaban, abriendo la puerta. Pero no había energía en ninguno de los dos. Recurrió a una pequeña herramienta eléctrica que utilizaba material similar a sus garras para cortar, logrando forzar la apertura. Un poco más adelante, encontró que la parte superior del tubo era de plexiglás transparente; empujó la puerta hacia arriba y saltó afuera. Estaba en una zona de carga similar a la exterior, con cientos de cápsulas vacías apiladas en manipuladores. Paletas, sistemas de transporte y pequeños trenes de carga llenaban la sala, junto a los sistemas de tubos para enviar carga a otros lugares. Frente a él, había tres sillas frente a teclados y pantallas, inactivas. Varias puertas de acero cerradas conducían desde la zona de carga. Las luces estaban apagadas, la temperatura era de 60 grados Fahrenheit, pero lo que más le sorprendió fue la calidad del aire. No era respirable. Alguien había inundado el área con argón, un gas inerte compuesto de argón y nitrógeno. Intentar entrar sin equipo de respiración sería mortal. Y eso lo ponía en cuenta regresiva. Señaló al dron en la parte superior del tubo que llamase a otro y le trajera más tanques de oxígeno, por si acaso. No se molestó en usar los terminales de la computadora; estaban inactivos y sería una pérdida de tiempo. Necesitaba ingresar en la instalación. Sus sensores no captaban ningún sonido. Al acercarse a las puertas internas de acero, descubrió que podía insertarlas con su sierra, cortar los candados superiores e inferiores, y forzar su apertura. Delante de él había un largo pasillo de veinte pies de ancho, bien iluminado si tuviera energía. Las puertas a ambos lados tenían números y listados de lo que contenían. La primera era tan mundana que le hizo detenerse: sesenta y siete paletas de papel higiénico. Eso, al menos, confirmaba la hipótesis de que este lugar tuvo algún día habitantes. Curioso, revisó el suelo en busca de polvo y no encontró nada; estaba barrido y limpio. Avanzó por el pasillo, tomando nota de los contenidos de las habitaciones, pero cada vez más enfocado en encontrar un área dedicada a controles, ingeniería, energía, o cualquier sistema distinto a bienes domésticos, comida o artículos ordinarios. Tuvo que hacer tres vueltas a la derecha, pero no encontró pasillos transversales. Finalmente, llegó a otra serie de puertas y, tras abrirlas, se encontró de regreso en la zona de carga en la que había empezado, donde un dron le esperaba con dos botellas de aire comprimido.

Suspiró, abrió las otras dos puertas, una llevando a un área de viviendas. Le recordó cómo debió haber sido en los primeros días de un Hábitat, con paredes y suelos limpios y apartamentos que se abrían en grandes pasillos. Había varias cocinas grandes y áreas de comedor, un gimnasio y una sala enorme que le confundió hasta que reconoció como un campo deportivo con una pista de cuarto de milla en torno a una piscina vacía. Quien vivió allí, ¿lo hizo con estilo? ¿O quizá no? La pista no mostraba signos de uso, ni arañazos en el suelo del canasto de baloncesto, y ningún indicio de agua en la piscina. La instalación quizá nunca fue utilizada. Se preguntaba cómo la alimentaban. La última puerta conducía a un espacio más pequeño, con signos de desgaste en el piso. Puertas de oficina de madera abiertas, con marcas en el suelo de muebles movidos. Salas de reuniones, salas de proyección, y habitaciones con pizarras blancas y notas Post-it viejas se atravesaron rápidamente. Al final del pasillo, una puerta de madera sin identificador ni placa de nombre. Por debajo de ella, Milo vio un brillo de luz. Avanzó con cautela, escuchándose a sí mismo en silencio, y al no detectar nada en la puerta, comprobó la manilla. Giró. La habitación era hermosa. Contaba con una docena de estaciones de trabajo con computadoras, cada una con seis monitores y más en la pared principal, que podían unirse en una sola pantalla grande. En una mesa lateral, un aparato de palomitas de maíz de plástico parecía completamente fuera de lugar. La luz provenía de uno de los monitores en una estación. Milo se sentó en la cómoda silla frente a la pantalla, sin respirar, en silencio, ponderando su siguiente movimiento. Era la primera maquinaria con energía que encontraba en todo el complejo. Un mensaje parpadeó en la pantalla negra: [¿Hola?]